

El peso del tabú, del estigma y de la ignorancia en la producción de conocimiento médico-científico sobre la menstruación.

Danila Suárez Tomé, Belli, Laura F. y Agostina Mileo.

Cita:

Danila Suárez Tomé, Belli, Laura F. y Agostina Mileo (2026). *El peso del tabú, del estigma y de la ignorancia en la producción de conocimiento médico-científico sobre la menstruación*. En Eulalia Pèrez Sedeño *Ciencia, Tecnología y Género en Iberoamérica: Problemas persistentes, miradas renovadas Autores/as*. CABA (Argentina): Editorial SDAF.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/danila.suarez.tome/97>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pkht/nuS>



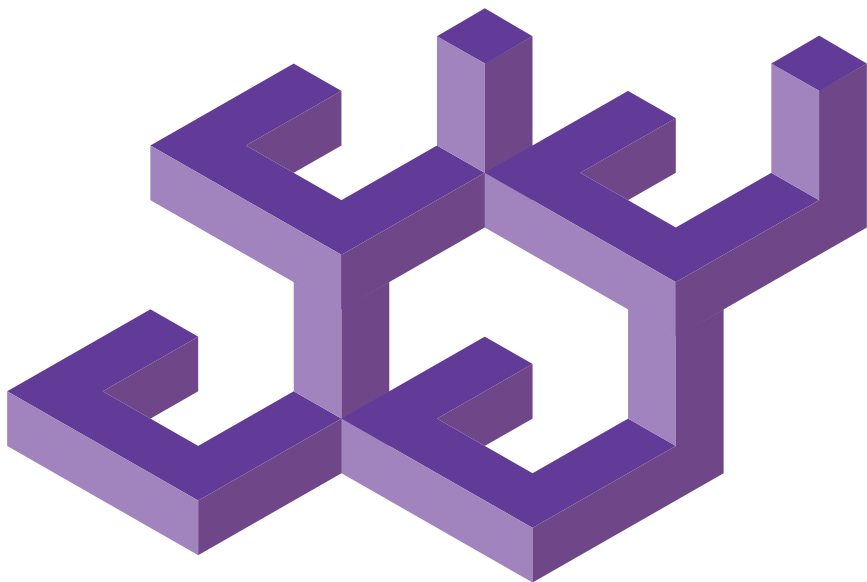
Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Estudios de Ciencia, Tecnología y Género en Iberoamérica

Problemas persistentes, miradas renovadas

Eulalia Pérez Sedeño (ed.)



Estudios de ciencia, tecnología y género en Iberoamérica : problemas persistentes, miradas renovadas / Eulalia Pérez Sedeño ... [et al.] ; Compilación de Eulalia Pérez Sedeño. - 1aed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : SADAF, 2026.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-47781-9-2

1. Estudios de Género. 2. Sociología del Conocimiento. 3. Educación Superior. I. Pérez Sedeño, Eulalia II. Pérez Sedeño, Eulalia, comp.

CDD 320.5622

© 2026, por los textos: las autoras

© 2026, por esta edición: SADAF

SADAF

<https://www.sadaf.org.ar>

Diseño de tapa: Lais Macaria - <https://bento.me/laismacaria>

Diseño interior: Recursos Editoriales

Desarrollo y producción editorial: Diego Lawler, Malena León, Eleonora Orlando y
Damián Szmuc

Armado y maquetación: Marina Pérez

ISBN 978-987-47781-9-2

<https://doi.org/10.36446/editorialsadaf.23>



Este libro fue publicado bajo la licencia Creative Commons CC BY-NC 4.0.

La tapa está sujeta a la licencia Creative Commons CC BY-NC 4.0.

El peso del tabú, del estigma y de la ignorancia en la producción de conocimiento médico-científico sobre la menstruación

Danila Suárez Tomé, Agostina Mileo y Laura F. Belli

1. Introducción

El impacto del estigma y el tabú en torno a la menstruación en la producción de conocimiento científico ha sido investigado y descrito en los estudios feministas de ciencia, tecnología y sociedad al menos desde fines de la década de los setenta. Estos estudios se han dedicado a señalar sesgos androcéntricos y sexistas en la investigación médico-científica sobre la menstruación. En este artículo ofrecemos razones en favor de incluir el concepto de “producción activa de ignorancia” (Tuana, 2006) en vistas a robustecer nuestra comprensión de los mecanismos epistémicos que se encuentran en juego en la reproducción médico-científica del tabú y el estigma menstrual.

El desarrollo del artículo se presenta en dos secciones. En la primera, recurrimos a desarrollos de la historia feminista de la ciencia que dan cuenta del origen, incremento y persistencia del tabú y del estigma sobre la menstruación en la cultura biomédica occidental a partir del despliegue de la idea del cuerpo menstrual como un cuerpo abyecto y del cuerpo a-menstrual como parámetro de normalidad. Nos interesa, sobre todo, exponer las raíces de la idea de la menstruación como atributo esencial definitorio de la feminidad y de la caracterización de lo femenino como inferior en términos naturales y sociales en el discurso médico, proto científico y científico.

En la segunda sección, profundizamos en el problema de la producción de conocimiento científico sobre la menstruación,

mostrando que lo expuesto en la primera sección no sólo se explica a partir de la existencia de un sesgo androcéntrico y sexista en las comunidades médicas y científicas, como ha propuesto tradicionalmente la epistemología feminista, sino que también se puede rastrear en la historia y actualidad de los discursos médicos sobre la menstruación, lo que Nancy Tuana (2006) ha llamado “producción activa de ignorancia”.

2. La construcción del estigma: el cuerpo menstrual como abyecto

A lo largo de la historia del pensamiento occidental, a la sangre menstrual se le ha asignado un sinnúmero de sentidos sobrenaturales. Las creencias en torno a su conexión con los ciclos de la luna, las estaciones del año y los ritmos de las mareas convirtieron a este sangrado en portador de fuerzas tanto productivas como destructivas, pero que, en cualquier caso, sobrepasan lo humano y deben ser contenidas, especialmente para protección de los varones (Delaney, Lupton y Toth, 1976).

Estas creencias varían a lo largo de la historia y las culturas, pero la generación de mitos en torno a la menstruación persiste aún en contextos contemporáneos y secularizados y, en conjunto con el silenciamiento y la ignorancia sobre el tema, producen y reproducen socialmente un tabú que impacta de modo desfavorable en las vidas de las personas menstruantes y en la producción de conocimiento médico y científico (Tan, Haththotuwa y Fraser, 2016).

Un tabú es, de acuerdo con su significado polinesio original (*tapu*), la condición de cierto fenómeno de ser demasiado poderoso para siquiera mencionarse (Gottlieb, 2020). El tabú supone un poder mágico en el uso de las palabras que obliga a la promoción del silenciamiento y a la utilización del discurso eufemístico para evitar el nombramiento directo de aquello que no debe ser nombrado. El tabú de la menstruación se basa en el supuesto de que las personas menstruantes son capaces de

causar sufrimiento tanto a sí mismas como a otras personas.¹

La idea de la menstruación como una maldición nos conduce a la concepción de la menstruación como un estigma. El concepto de estigma refiere a la existencia de una marca o mancha que separa a cierta gente de otra, y tiene sus orígenes en una práctica griega antigua que consistía en el marcado físico de criminales y personas esclavizadas (Goffman, 1963). La percepción directa de estas marcas por parte de las personas no-marcadas generaba, como corolario, una sensación de rechazo y desagrado. De acuerdo con Goffman (1963), existen tres tipos de estigmas: abominaciones corporales (por ejemplo, cicatrices), defectos del carácter (por ejemplo, adicciones) y marcadores sociales asociados con grupos marginalizados (por ejemplo, identidad de género).

Johnston-Robledo y Chrisler (2020) han argumentado que el cuerpo menstrual adquirió en el pensamiento occidental una connotación de estigma que satisface estos tres tipos de manera conjunta. En primer lugar, la sangre menstrual es considerada una abominación en comparación con otro tipo de fluidos corporales como el semen o la leche. Se la suele describir como sucia, impura y desagradable. En segundo lugar, dada la aversión que genera este sangrado, su manifestación a través de pérdidas o manchas visibles es usualmente comprendida como un defecto del carácter. La persona que no oculta exitosamente su menstruación puede ser interpretada como sucia, vaga, dejada o loca. Finalmente, la menstruación ha sido largamente considerada como una marca de la diferencia femenina en relación con el varón, así como una evidencia de su inferioridad.

La perdurabilidad de una visión estigmatizante de la menstruación no ha quedado perdida en la historia, sino que se la puede observar hoy día operando en los discursos culturales, médicos y publicitarios occidentales. Estos discursos tienden a basarse en una manera de experimentar y gestionar la menstruación que toma al cuerpo a-menstrual (considerado masculin-

1 Alma Gottlieb (2020) ha argumentado que este supuesto tiene su origen en una serie de interpretaciones tradicionales del Génesis y el Levítico, que asocian la menstruación a la impureza y a la maldición del “parirás con dolor”.

no) como el punto de referencia de una presunta normalidad y neutralidad corporal a la cual el cuerpo menstrual (considerado femenino) debe acomodarse. Así, se perpetúa la imagen del cuerpo a-menstrual como norma mediante la idea de que el éxito de toda gestión de la menstruación está definido por la perfección en su ocultamiento y la mejor asimilación posible a un cuerpo masculino presentado como neutro (Tarzibachi, 2017). Como complemento, las vivencias menstruales subjetivas están teñidas de vergüenza, silencio y culpa ante la portación de un cuerpo considerado abyecto e inferior.²

En esta primera sección recurrimos a desarrollos de la historia feminista de la ciencia que dan cuenta del origen, el desarrollo y la persistencia de los sentidos estigmatizantes de la menstruación en la producción de conocimiento médico, proto científico y científico en torno a dicho fenómeno.

2.1. Menstruación y diferencia sexual en la medicina occidental antigua

La mitología griega no ofrece ningún mito en torno a la causa y origen de la menstruación, a diferencia de otras mitologías en las que se da cuenta de la menstruación como una maldición asociada a la mala conducta femenina —como es el caso, por ejemplo, de la tradición judeocristiana— (Lewin Hufnagel, 2012). La menstruación es más bien representada mitológicamente como la evidencia de la alteridad y de la inferioridad de la mujer en relación con el varón (Dean-Jones, 1994). Esta percepción de la menstruación como un indicador de diferencia e

2 Iris Marion Young (2005) ha acuñado el concepto de “closet menstrual” para dar cuenta de la condición de vivir en un cuerpo que no es considerado normal: “El cuerpo normal, el cuerpo por default, el cuerpo que cada cuerpo se supone que es, es un cuerpo que no sangra por la vagina. Por ende, para ser normal y ser tenida por normal, la mujer que menstruaba no debe hablar de su sangrado y debe esconder su evidencia”. (Young, 2005: 107) El cuerpo menstruante, por lo tanto, puede ser comprendido como un cuerpo desviado de la presunta corporalidad estándar, un cuerpo *queer* que se encuentra socialmente enclosetado, obligado a permanecer en lo privado y oculto en el silencio.

inferioridad persiste en los discursos racionales y proto científicos de los pensadores clásicos, informando prejuiciosamente el conocimiento producido sobre el cuerpo femenino. El cuerpo de la mujer es usualmente presentado en los escritos medicinales como “anormal” en comparación con un cuerpo masculino que siempre opera como patrón de la norma del género humano (Bonnard, 2013).

De acuerdo con la clasicista Lesley Dean-Jones (1994), en los fragmentarios textos de los filósofos presocráticos podemos encontrar algunas referencias a la menstruación que son de mayor importancia. En el siglo VI A. E. C., era extendida, entre estos filósofos, la idea de que la diferencia entre varones y mujeres estaba causada por una diferencia en la temperatura corporal, y que la sangre menstrual era una evidencia de ello. Sin embargo, no había consenso en torno a cuál era la fluctuación de temperatura que de hecho producía la diferencia sexual. Para Parménides, la sangre menstrual era evidencia de que la mujer era más cálida que el hombre, puesto que la necesidad de expulsar mensualmente una cuota de sangre da cuenta de una mayor cantidad de este flujo cálido dentro del cuerpo. Empédocles, por el contrario, consideraba que la pérdida de sangre mensual femenina evidencia su falta de calor (Dean-Jones, 1994).

Será esta última versión la que genere mayor impacto a partir del siglo V A. E. C., sobre todo, gracias a la obra de Aristóteles, puesto que, en los tratados hipocráticos, la temperatura no es la clave explicativa central de la diferencia sexual, sino que su lugar lo toma la humedad. En estos tratados, la mujer es concebida como más húmeda que el varón y la evidencia de ello está dada por el exceso de sangre que constituye el flujo menstrual. Se creía que la carne de la mujer difería de la del varón en tanto presentaba una consistencia más esponjosa en su totalidad —mientras que la del varón era solamente esponjosa en sus glándulas— y que, a causa de ello, la carne del cuerpo femenino absorbía mayor humedad que debía ser evacuada luego. Ambas ideas —que la mujer es más fría y húmeda que el varón— fueron determinantes en la conceptualización de la diferencia sexual y en la postulación de la inferioridad natural de las mujeres.

Tanto en los tratados hipocráticos como en los escritos aristotélicos, la menstruación es un flujo central en la determinación de la diferencia sexual humana y de la inferioridad natural de la mujer en relación con el varón.³ No obstante, esta determinación se da en dos marcos ontológicos distintos. Mientras que dentro del corpus hipocrático encontramos la idea de que hombre y mujer corresponden a dos naturalezas (*physis*) diferentes, tanto en estructura como en función (Dean-Jones, 1994), en el caso de Aristóteles, ambos comparten una misma naturaleza (*physis*), aunque en distintos grados: el cuerpo masculino representa la forma humana más perfecta y el femenino es comprendido como una desviación de la naturaleza del género humano ya sea en tanto “monstruo” (*Rep. Anim.* 767b8) o en tanto “macho mutilado” (*Rep. Anim.* 737a28), al que le faltó la suficiente cocción en el período embrionario como para llegar a la forma humana más perfecta. Esa falta de calor acompaña a la mujer por el resto de su vida, marcando su inferioridad natural —y, concomitantemente, social— con el varón.

Aristóteles sostuvo que, si bien la diferencia sexual se traza en el momento de la concepción, recién se vuelve observable en la pubertad. La menarca es la manifestación primera de la naturaleza femenina y, según Aristóteles (*Rep. Anim.* 724a-728a), lo que sucede es que la sangre —producto de la cocción corporal interna del alimento ingerido— que durante la niñez se utilizaba para la nutrición en el proceso del crecimiento, al momento en que las niñas alcanzan la pubertad, se redirecciona hacia la producción de la menstruación entendida como un fluido reproductivo. Paralelamente, en el varón se observan las primeras poluciones de semen, también como una forma de liberación del exceso de san-

3 Debemos tener en cuenta que, en ausencia de la disección de cuerpos humanos, todo lo que tenían estos autores para estudiar la diferencia sexual eran fenómenos observables, tales como la menstruación, los senos y la lactancia. En algunos casos, hacían ciertas inferencias en torno a la observación de animales desmembrados, pero, de todas formas, lo que se puede encontrar en las descripciones del cuerpo femenino y en el conocimiento producido en torno a la diferencia sexual es una serie de asunciones erróneas basadas en prejuicios culturales que abonaban una cosmovisión mítica reinante en donde las mujeres eran inferiores por naturaleza (Dean-Jones, 1989; 1994).

gre nutricia que ya no necesita para el crecimiento. En ambos casos, comienza un proceso de desarrollo de los roles sexuales que cumplirán en su adultez. El semen y la menstruación son un mismo residuo de la sangre nutricia.⁴ La menstruación es entendida como un líquido reproductivo fundamental almacenado dentro del útero, donde se produce la fecundación y el crecimiento del embrión. Cuando no hay inseminación, el líquido se elimina. Retrospectivamente, se ha llamado a esta teoría sobre la menstruación “modelo nutritivo” (Delaney, Lupton y Toth, 1976).

Ahora bien, la menstruación no es solo una evidencia de la diferencia sexual, sino también de la inferioridad de la mujer en relación con el varón. En tanto la naturaleza femenina y masculina, para Aristóteles, es la misma en términos ontológicos, y la diferencia sexual se expresa en grados de perfección e imperfección, lo que sucede con la mujer es que, en primer lugar, como su cuerpo es más pequeño, le sobra más sangre nutricia que al varón y, en segundo lugar, como es más fría, carece del calor necesario para convertir ese exceso en semen (*Rep. Anim.* 728a18).

La diferencia entre los dos residuos está dada por la capacidad de cocción que presenta cada sexo, pero, en definitiva, el residuo es el mismo. Como la mujer es imperfecta por una falta de calor natural, no puede cocer adecuadamente el residuo para convertirlo en semen. De acuerdo con Aristóteles, a la menstruación le falta “el principio del alma”, que sí está contenido en el semen (*Rep. Anim.* 736a29).⁵ Esto explica por qué la menstruación —a diferencia del semen— es un residuo que mantiene la misma

4 Es relevante notar que, si bien la menstruación es una evidencia de la diferencia sexual, lo es de la naturaleza imperfecta de la mujer, y no del hecho de que la mujer presenta otro tipo de naturaleza. En el caso de la menstruación y el semen lo que tenemos es un mismo residuo que tiene dos procesos distintos —por razón de las deficiencias naturales de las mujeres— en una economía de fluidos compartida por ambos sexos (Laqueur, 1992).

5 Tengamos en cuenta que, en la teoría aristotélica de la reproducción, la hembra aporta la materia y el macho, la forma. Ambas están contenidas en los líquidos reproductivos. La fecundación se produce en el momento en que el semen coagula la sangre menstrual dentro del útero y, en ese mismo movimiento, dota a la materia del principio anímico necesario para su desarrollo vital como embrión (*Rep. Anim.* 737a18 y ss.)

consistencia y color que la sangre nutricia. La menstruación, por lo tanto, es también una evidencia de la imperfección femenina.

La visión del cuerpo femenino que emerge de la teoría aristotélica es la de un cuerpo abyecto insertado en una jerarquía natural dentro de la cual la perfección está expresada en la forma del cuerpo masculino. La sangre menstrual, en este contexto, funciona como una marca externa observable de ese estigma de alteridad e inferioridad en relación con la norma corporal masculina. Estas ideas persistirán hasta entrado el siglo xviii y, a lo largo de la edad media, se fundirán con la interpretación judeocristiana de la menstruación como una maldición, intensificando su carácter estigmatizante (Lewin Hufnagel. 2012).

2.2. Menstruación y diferencia sexual en el discurso médico de la modernidad temprana

El modelo nutricional de explicación del proceso menstrual no ha sido el único propuesto a lo largo de la historia de los discursos médicos occidentales previos al siglo xix. De acuerdo con Michael Stolberg (2005), durante el período histórico de la temprana medicina moderna occidental —que va desde 1500 a 1800— se pueden distinguir tres modelos explicativos de la menstruación en competencia: el catártico, el pletórico y el iatroquímico. Desde la perspectiva del modelo catártico, la menstruación sirve para purificar a las mujeres de una materia venenosa que se acumula en sus cuerpos. Este veneno es tan poderoso como para tener efectos mortales en plantas e insectos, pudrir alimentos, cegar espejos o causar abortos e infertilidad. Si bien este tipo de sangrado también podía presentarse en varones (a través de cualquier órgano o parte del cuerpo), en estos casos resultaba ser síntoma de una enfermedad. Por lo tanto, solo los varones enfermos y las mujeres —que naturalmente eran más frías y húmedas que los varones y, por lo tanto, más débiles— padecían este tipo de sangrado.⁶

6 Es importante recalcar que la necesidad de menstruar era entendida como patológica, mientras que la evacuación de ese flujo era percibida como deseable, dada la condición de imperfección femenina.

El modelo pletórico dominó los debates médicos hasta las últimas décadas del siglo xvii. Esta nueva visión ya no consideraba reales los efectos venenosos de la menstruación, sino que la valorizaba como un factor de salud femenina. Dentro de este modelo ya se evidencian algunos relatos mecánicos e hidráulicos sobre la menstruación (y no holísticos y humorales), anticipando un viraje hacia una concepción mecanicista moderna del cuerpo humano (Stolberg, 2005). En este modelo, la necesidad de menstruar es entendida como una descarga saludable de la acumulación de sangre en el cuerpo.

Por último, el modelo iatroquímico de principios del siglo xviii postuló la existencia de un “fermento menstrual”, en tanto el modelo basado en la acumulación no resultaba satisfactorio porque la eliminación del exceso de sangre en el cuerpo podía ocurrir también en el varón, y ya el discurso médico se encontraba orientado a entender la sexualidad como un fenómeno dimórfico antes que de diferencia de grados de perfección corporal (Schiebinger, 1989). Este fermento hacía entrar a la sangre, o humores, en conmoción cada mes, llevando al cuerpo a un punto de falta de resistencia que termina por “explotar” en el útero. El propósito de este proceso era, nuevamente, el de purificar el cuerpo de sustancias excrementales. El fluido menstrual se encontraba, en este caso, cargado de connotaciones antihigiénicas (Stolberg, 2005).

La imagen sobre la menstruación que finalmente emerge de la modernidad temprana es la de un rasgo exclusivo y definitorio del cuerpo de la mujer, sin ningún tipo de correspondencia en el cuerpo del varón, asociada a la reproducción y caracterizada como una pérdida o desintegración (Tarzibachi. 2017).

2.3. Menstruación, enfermedad y locura en la medicina decimonónica

A lo largo del siglo xix proliferaron, entre Europa y Estados Unidos, discursos médicos que presentaban la menstruación como una discapacidad de la naturaleza femenina que fundamentaba la necesidad de confinar a las mujeres al hogar y pro-

veerles una constante atención médica (Lewin Hufnagel, 2012). Esta medicalización de la menstruación coincide con los esfuerzos concertados durante la era industrial para el desarrollo del rol privado de las mujeres —especialmente de clases medias y altas— como amas de casa y para su exclusión del dominio de lo público, aun cuando ya se estuvieran haciendo esfuerzos para promover la igualdad entre los sexos.

Así, numerosos argumentos médicos fueron utilizados en esta época para evitar la educación de las mujeres y su participación en actividades intelectuales, políticas o de protesta (Fausto-Sterling, 2000). La medicina europea decimonónica occidental consideraba que el cuerpo era como una máquina que poseía una cantidad de energía limitada. En el caso de las mujeres, se creía que toda su energía estaba orientada al funcionamiento de sus órganos reproductivos para el cumplimiento de su rol natural como madres, con lo cual, cualquier desviación de la energía corporal hacia otra función u órgano —por ejemplo, el cerebro para estudiar— desencadenaba consecuencias desastrosas para su salud (Fausto-Sterling, 2000). En el momento de la menstruación, la necesidad de preservar la energía estaba exacerbada, por lo que se sugería que las mujeres no realizaran ningún tipo de actividad y mantuvieran reposo para cuidar su estabilidad energética y su salud general (Lewin Hufnagel, 2012).

La medicalización de la menstruación trajo consigo también una afiliación entre la menstruación y la insania femenina, especialmente porque se la consideraba como un desencadenante de la sexualidad —incluso se consideraba a una menarca temprana como el signo de una sexualidad precoz (Lewin Hufnagel 2012)—. La creencia de que el ciclo menstrual regía el funcionamiento psicológico femenino promovió terapias quirúrgicas —mutilación genital, remoción de ovarios— y psiquiátricas —hipnosis, sedaciones, terapias nasales,⁷ psicoanálisis—, sobre todo, en mujeres de clase media y alta cuyos maridos podían pagarlas.

7 El médico alemán Wilhelm Fliess, amigo y colaborador de Sigmund Freud, consideraba que los problemas asociados a la menstruación podían ser abordados a través de diversas técnicas de tratamiento de la nariz, que iban desde aspirar cocaína hasta cirugías mayores (Lewin Hufnagel, 2012).

Estas terapias estaban orientadas a corregir trastornos fisiológicos, psicológicos y morales asociadas con la sexualidad femenina y su condición naturalmente enferma e inferior.

Otro de los fenómenos que aparecieron a fines del siglo xix fue el que consideraba la menstruación como capitalizable por la industria, en tanto comenzó a desarrollarse un incipiente mercado de productos para la gestión menstrual previamente inexistentes (Kasenko, 2019). Esta industria tomó los rasgos culturales imperantes sobre la feminidad y la menstruación en la era victoriana para su promoción: la menstruación era algo que no debía verse, un fenómeno que las mujeres debían esforzarse por ocultar, por lo cual, desde sus inicios, la venta de productos menstruales tuvo como propósito central satisfacer el objetivo del ocultamiento del sangrado a los ojos de la sociedad.

La imagen de la menstruación que emerge de esta época es eminentemente médica, y es esta imagen medicalizada del cuerpo la que informó las prácticas publicitarias de la lucrativa industria menstrual que se desarrolló con fuerza en el siglo xx. A lo largo del siglo xix, los cuerpos de las mujeres fueron ampliamente sexualizados, las experiencias de la menarca y de la menstruación se solidificaron como asuntos vergonzosos y la práctica médica consolidó su poder controlador sobre la capacidad sexual y reproductiva de las mujeres a través de intervenciones destinadas a corregir su presunta naturaleza enferma.

2.4. El cuerpo menstrual del siglo XX

Uno de los hitos fundamentales del siglo xx fue el descubrimiento de la influencia de las hormonas en el ciclo menstrual. A comienzos del siglo, se estipuló que la menstruación era causada por secreción ovárica y no por estimulación nerviosa. Para la década de los veinte, se comenzó a explorar más específicamente el rol de las hormonas en el ciclo menstrual augurando la posibilidad de generar conocimientos más fiables y desprejuiciados en torno a su funcionamiento. No obstante, las ideas en torno al carácter patológico de la menstruación no se desvanecieron por completo en este proceso todavía inacabado. Como sostiene

Lu Ciccia (2022), los nuevos saberes científicos sobre la menstruación no modificaron la concepción que se tenía sobre ella. La molecularización del conocimiento biológico sólo convirtió a los antiguos “malos humores” —que afectaban el ánimo, la cognición, la salud y la conducta de las mujeres— en “malas hormonas”.

Durante las primeras décadas del siglo xx, se continuó sosteniendo la idea de que la menstruación causaba problemas en las capacidades mentales de las niñas y adolescentes, con lo cual, se siguió apelando a ella como una excusa para la exclusión educativa de las mujeres (Lewin Hufnagel, 2012). También se insistió en la idea de que las personas menstruantes tenían un efecto negativo en su entorno por el supuesto carácter venenoso de la sangre menstrual. Por ejemplo, en la década de los veinte, se condujeron investigaciones que intentaron dar cuenta del efecto detrimental de la menstruación en las plantas. Uno de los científicos que investigó esta hipótesis, Bela Schick, llegó a forjar el concepto de “menotoxinas” para nombrar a las presuntas sustancias tóxicas para la vida vegetal que, según sostenía, exudaba la piel de las mujeres menstruantes (Delaney, Lupton y Toth, 1976). Estas partículas también impedirían otros procesos naturales, como el fermento de la cerveza o el levado de masas. Esta hipótesis no prosperó dado que investigaciones posteriores no arrojaron ninguna evidencia de su existencia o efectos negativos de la menstruación similares a los descritos.⁸

Estas investigaciones iban en concordancia con la persistente idea de que la menstruación implicaba la purga de “mala sangre”, un mito que también se evidenciaba en los relatos de las propias mujeres sobre sus experiencias con la menstruación y que se extendió a lo largo de toda la primera mitad del siglo xx (Freidenfelds, 2009). Otras ideas antiguas que no se disiparon hasta muy entrado el siglo xx fueron las restricciones de la actividad sexual en ocurrencia de la menstruación, la creencia en

8 Hoy en día, no obstante, se siguen sosteniendo mitos basados en esta teoría desacreditada, como, por ejemplo, que las personas menstruantes no pueden batir una mayonesa porque se corta.

una especial vulnerabilidad del cuerpo femenino al menstruar, la necesidad del descanso en los días de sangrado, el miedo al contacto con el agua por la posibilidad de interrumpir la menstruación, y la idea de que dicha interrupción podría acarrear consecuencias nefastas para la salud de las mujeres en el corto y largo plazo, entre otras (Freidenfelds 2009).

Estos prejuicios culturales —que se arrastraron durante más de dos milenios a través de la historia occidental— sesgaron el discurso médico y científico y, a su vez, esos mismos discursos reforzaron el estigma social de la menstruación, produciendo un círculo vicioso difícil de desandar entre biología y sociedad. En el caso de la historia de los saberes sobre la menstruación podemos ver con claridad el postulado de Anne Fausto-Sterling (1987) de que la sociedad escribe la biología y la biología construye el género. La menstruación llegó hasta nuestros días como la marca definitiva de la feminidad, en tanto alteridad y diferencia frente al cuerpo a-menstrual (masculino y “normal”), como un proceso ligado únicamente a su sentido reproductivo y como un fluido cargado de secretos.

Desde mediados de siglo xx en adelante, también los saberes médicos y culturales sobre la menstruación se vieron impactados por el desarrollo del discurso publicitario de la industria del “cuidado femenino”. Las tecnologías para gestionar la menstruación reforzaron la sinonimia entre menstruación y feminidad, la necesidad de ocultamiento —especialmente de los varones—, el carácter sucio de esta ocurrencia fisiológica que requiere de higienización, y otros prejuicios que se extendieron, aún bajo discursos modernizadores y de “liberación femenina” (Tarzibachi, 2018). No fue sino hasta que el movimiento feminista, en especial la epistemología feminista, puso bajo análisis los discursos médicos y científicos occidentales producidos sobre la menstruación que, lentamente, comenzaron a desarrollarse nuevas ideas y conocimientos.

No obstante, la menstruación tardó en consolidarse como un tema importante en la agenda científica feminista. Como se muestra en la próxima sección, la producción de ignorancia en torno a la menstruación es lo suficientemente poderosa como

para haber impedido que incluso la teoría feminista tomara el tema como una prioridad desde sus inicios.

3. La perdurabilidad del estigma de la menstruación a través de la producción activa de la ignorancia

La producción de un *corpus* bibliográfico específico sobre la menstruación en el marco de la teoría feminista es bastante reciente.⁹ Por lo general, estos estudios se centran en el señalamiento de la reproducción de mecanismos androcéntricos y sexistas en la producción de conocimiento médico-científico acerca de la menstruación que se basan en los rasgos estigmatizantes que se han sedimentado a lo largo de la historia de la sangre menstrual como objeto de estudio biomédico, historia que repasamos en el apartado anterior. En el caso de la menstruación, la persistencia del tabú y el estigma se encuentra garantizada por un círculo vicioso entre una cultura androcéntrica y sexista que toma este fenómeno como negativo, y una ciencia que auxilia la reproducción de esta visión a través de una producción de conocimiento formal altamente sesgado.

La producción sesgada de conocimiento sobre la menstruación es una forma de injusticia, tanto epistémica como social contra las personas menstruantes. Los estudios feministas sobre la menstruación señalan con razón que en la producción científica dominante las experiencias de las personas menstruantes no han sido utilizadas ni como fuente ni como complemento del conocimiento formal producido sobre este fenómeno. Consecuentemente, tampoco han tenido ningún rol en la producción de protocolos y estándares médicos relativos a la menstruación, o en el diseño de políticas públicas sobre estos temas (Char-

9 Si bien es cierto que, en la década de los setenta ya existían producciones sobre la cuestión, hasta la segunda década del 2000 la menstruación permaneció como un tema marginal dentro de los estudios feministas (Bobel et al., 2020). Una muestra de ello es el manual *The Palgrave Handbook of Critical Menstruation Studies*. Compilado por la experta en estudios sobre menstruación Chris Bobel, fue publicado hace tan solo unos años, en 2020.

lesworth, 2001). En este sentido, a los sesgos androcéntricos y sexistas en la producción de conocimiento científico, se le suma también el problema de la igualdad de participación en ciencia.

Sin embargo, consideramos que, si bien los sesgos androcéntricos y sexistas en la producción de conocimiento sobre la menstruación y las barreras de acceso a la participación igualitaria en ciencia existen y son relevantes, estos elementos no bastan para explicar la persistencia actual del tabú y el estigma menstrual en el discurso y las prácticas biomédicas. Para comprender la complejidad de la relación contemporánea entre estigma, tabú y conocimiento en relación con la menstruación, consideramos que resulta útil recurrir a un análisis de prácticas de desconocimiento asociadas a este fenómeno. En este sentido, más allá de los desarrollos tradicionales de la epistemología feminista, focalizados en las prácticas de conocimiento, la epistemología de la ignorancia aparece como una herramienta útil para la investigación.

El aporte fundamental de la epistemología de la ignorancia ha sido señalar que no solo el conocimiento puede ser objeto de estudio de las epistemologías críticas, sino también la ignorancia (Sullivan y Tuana, 2006). La epistemología de la ignorancia ha mostrado que la ignorancia no puede ser entendida únicamente bajo la forma de “ausencia de conocimiento” en términos pasivos, sino que, en muchos casos, toma la forma de una acción que conlleva prácticas de perpetuación subliminal de dominación y exclusión intencional de grupos marginados (Tuana, 2006). En estos casos, la producción y afirmación de la ignorancia resulta en una carencia de conocimiento que es relevante para estos grupos oprimidos en lo que respecta a sus propias necesidades, intereses y derechos.

Tomando esta perspectiva disciplinar, podemos ver que la continuidad de mitos, tabúes y falta de consideración de las experiencias de quienes menstrúan en las investigaciones médicas, pueden ser entendidas no solo como evidencias de cómo influyen el sexismo y las barreras de acceso a los sistemas científico-tecnológicos, sino también como pilares de una producción activa de ignorancia respecto a qué es y cómo puede gestionarse la menstruación.

La filósofa Nancy Tuana produjo una “taxonomía de la ignorancia” con el objetivo de “examinar cómo el no saber es sostenido y a veces hasta construido” (Tuana, 2006: 3). Los taxones que utilizamos en este artículo para el estudio de las prácticas de desconocimiento en torno a la menstruación son “saber que no se sabe sin que importe”, “no saber que no se sabe” y “no querer que se sepa”. Esta clasificación puede ayudarnos a ver con mayor claridad nuestro punto en tanto nos permite identificar los modos en los que la ignorancia acerca de la menstruación se inscribe en una serie de acciones puntuales y documentadas. Asimismo, incorporaremos a la taxonomía de la ignorancia el caso de los eufemismos y metáforas como instancias reproductoras de ignorancia.

3.1. Formas de producción de desconocimiento acerca de la menstruación

Con respecto a la menstruación, el taxón “saber que no se sabe sin que importe” ha sido explícitamente abordado desde los activismos menstruales. La falta de evidencia clara en referencia a los posibles efectos a largo plazo de la exposición a químicos presentes en productos de gestión menstrual, lubricantes y otros productos cosméticos (como duchas vaginales) fue denunciada en reportes de organizaciones civiles e incluso se han elevado investigaciones independientes sobre el tema al Congreso de los Estados Unidos.

Este vacío de investigación es especialmente llamativo, dado que la posibilidad de administrar drogas por vía vaginal sí ha sido explorada. Sin embargo, ni el conocimiento sobre la capacidad de absorción de estas mucosas ni la documentación del problema y su reclamo han alcanzado para que el posible vínculo entre el uso de los productos de gestión menstrual y una exposición a químicos mayor que la deseada por los fabricantes cuente con más que evidencia anecdótica, fragmentada y sin seguimiento (Ding *et al.* 2020; Gao y Kannan 2020; Nicole 2014).

El trabajo de Tuana incluye otro factor crucial para la producción de ignorancia bajo la idea de “no querer que se sepa”: el

problema de los estándares de credibilidad para la producción de conocimiento. Según la autora, por un lado, estos se relacionan más con la capacidad que tienen los grupos dominantes para imponerlos y conservarlos que con la adecuación del conocimiento producido a las convenciones científicas vigentes que podrían revestirlos de legitimidad. Por otro lado, señala que, al conocer este mecanismo, las feministas tienen la obligación de apartarse de esos sistemas de legitimación: “Si los estándares de credibilidad actuales están insertos en sistemas de opresión, entonces la responsabilidad epistémica requiere que nos alejemos de esas prácticas” (Tuana 2006).

Desde esta perspectiva, el caso del dispositivo Del-Em resulta especialmente paradigmático. Creado y patentado por Lorraine Rothman en 1974, el Del-Em presentó una técnica de extracción menstrual mediante la que es posible extraer el contenido del útero en un momento cercano a la menstruación, lo que hace que el sangrado, el endometrio y el óvulo no sean expulsados por la vagina (Fahs, 2015).¹⁰ Este dispositivo se insertó en un movimiento colectivo de mujeres que buscaban garantizar prácticas de salud sexual y reproductiva por fuera del tutelaje (muchas veces expulsivo) del sistema médico, por lo que no puede ser caracterizado solamente como una opción comercial para gestionar la menstruación (Hester, 2018). De hecho, la patente no fue solicitada con el fin de comercializarlo, sino para asegurar su gratuidad y para la liberación de las instrucciones de producción.

A pesar de ser seguro y efectivo, y de posibilitar una forma de lidiar con la menstruación que puede resultar cómoda y emancipatoria, el Del-Em nunca fue parte de las prácticas médicas institucionalizadas ni de iniciativas de salud pública. Este hecho se encuentra profundamente relacionado con el tema de que la autogestión de un dispositivo médico rompe con los estándares de credibilidad de las prácticas médicas al eliminar la intermediación de un profesional de la salud. Hoy, este caso es recupera-

10 El Del-Em, al extraer el contenido del útero, también puede ser utilizado para realizar abortos autoinducidos.

do como parte de propuestas de refuncionalización, resistencia y descentralización en lo concerniente a las prácticas médicas tradicionales (Hester, 2018).

3.2. *Los debates acerca de la menstruación como rasgo evolutivo y su rol para habilitar la supresión del sangrado*

Retomando la taxonomía de Tuana, los estudios acerca de la menstruación en el campo de la biología evolutiva pueden considerarse como un caso de “no saber que no se sabe”. La hipótesis de la menstruación como un rasgo con función inmunológica, a pesar de haber sido publicada y revisada (Howes, 2010), no se menciona en el sistema educativo. En cambio, la hipótesis no funcional, que sostiene que la menstruación es un mero producto de la infertilidad, se acepta y enseña a través de una propuesta pedagógica que la sitúa como un proceso reducido a la no fecundación. La mención de la hipótesis funcional no se presenta como una omisión explícita, sino que surge de su desconocimiento en el ámbito educativo.

Sin embargo, el caso de la práctica médica es otro. A principios de la década del 2000, tanto en la prensa general como en la especializada se publicaron numerosos artículos proponiendo a la menstruación como algo prescindible y potencialmente dañino para la salud (Johnston-Robledo, *et al.* 2006). En 2003 se lanzó al mercado estadounidense *Seasonale*, la primera píldora anticonceptiva que centró su campaña publicitaria en los beneficios relacionados con la supresión del sangrado. Para el año 2007, *Seasonale* y otros fármacos similares reportaron ventas millonarias (Associated Press, 2010). En resumidas cuentas, la hipótesis no funcional de la menstruación se presenta como el asidero para la creación de un mercado farmacológico a su alrededor.

Ahora bien, esta hipótesis no encuentra un correlato en evidencia concluyente acerca de un mayor bienestar subjetivo en usuarias que usan anticonceptivos orales que suprimen el sangrado comparado con quienes usan anticonceptivos orales que lo conservan (Edelman *et al.*, 2014). Es decir, a pesar de la ignorancia respecto a los beneficios de suprimir el sangrado, la re-

comendación y prescripción de estos fármacos es ampliamente difundida, especialmente en los Estados Unidos.

El especialista en biología reproductiva Colin Finn (1996) sostiene que la menstruación es consecuencia del desarrollo del endometrio. Según el investigador, el engrosamiento de las paredes uterinas como preparación para la implantación del óvulo en las hembras humanas es singular respecto de otras especies. En su trabajo, los embriones humanos son caracterizados como “agresivos” y “extremadamente invasivos”, y se propone una doble función para el crecimiento del endometrio: por un lado, proteger a la persona gestante y, por otro, permitir el desarrollo del embrión sin generar una reacción inmunológica similar a la que se da ante otros elementos extraños. Este estudio concluye que, a causa del grosor especial del endometrio humano, este no puede ser reabsorbido y debe ser eliminado, lo que da lugar a la menstruación.

Por otro lado, la bióloga evolucionista Margie Profet (1993) introdujo otra hipótesis para explicar la menstruación como rasgo funcional: esta podría haberse fijado por su potencial inmunológico. La autora argumenta que “si la menstruación fuera biológicamente costosa y no-funcional, la selección natural la hubiera eliminado” (Profet, 1993: 336). A partir de esta afirmación, propone una ventaja adaptativa, que también es una función. Según su hipótesis, el desprendimiento del útero y el sangrado vaginal funcionan como mecanismos inmunológicos de defensa frente a patógenos específicos presentes en nariz, pulmones e intestinos. La clave para establecer la relación entre evolución y menstruación estaría en la composición del sangrado: “Si la menstruación fuera solamente un subproducto sin función específica de las fluctuaciones hormonales cíclicas, no habría mecanismos específicamente diseñados para causarla, ni los componentes de la sangre menstrual y la venosa diferirían significativamente” (Profet, 1993: 338).

Resulta claro, entonces, que la supresión del sangrado implica necesariamente adscribirse a la visión no-funcional. Como hemos establecido anteriormente, en el ámbito educativo, esto es producto del desconocimiento acerca de la visión funcional. En cambio, en el ámbito médico no puede aducirse que la falta

de consideración de la perspectiva funcional se deba al desconocimiento, dado que la teoría acerca de su función inmunológica ha sido publicada, referida y revisada en revistas académicas del campo de la biología y de la salud. En este caso, la ignorancia no estaría asociada a la falta de conocimiento, sino a la reproducción de una práctica que da por cierta una hipótesis en debate.

3.3. Las metáforas y eufemismos sobre menstruación como instrumentos reproductores y perpetuadores de la ignorancia

Una de las formas más evidentes en las que se reproduce ignorancia sobre la menstruación son los eufemismos que se utilizan en la vida cotidiana para evitar nombrarla. Por lo general, la práctica médica o científica se encuentra asociada a una terminología especial, que es más precisa y que no se utiliza en el lenguaje cotidiano. En el caso de la menstruación, sin embargo, los eufemismos y metáforas informales también han impregnado el lenguaje médico-científico (Martin, 1988; Pérez Sedeño, 2011). Se ha observado que el ciclo menstrual es frecuentemente descrito bajo dos metáforas fundamentales: la primera, que los órganos reproductivos están organizados al modo de una estructura centralizada, burocrática y jerárquica.¹¹ La segunda, que los cuerpos menstruales tienen el propósito fundamental de producir “sustancias” deseables, principalmente bebés (Martin, 1988). En ambos casos, estas metáforas reflejan y perpetúan ideas estereotipadas y opresivas sobre los roles de género (Martin, 1991).

Es en el marco de la segunda metáfora que encontramos la imagen científica más difundida en los ámbitos educativos: el óvulo no fecundado como desecho. En principio, la ovulación y la espermatogénesis podrían ser presentados como análogos o semejantes;¹² sin embargo, son frecuentemente descritos como procesos dicotómicos. De esta manera, en reminiscencia del modelo nutritivo aristotélico mencionado en la primera sección,

11 Bajo esta metáfora, por ejemplo, la menopausia se caracteriza negativamente, como un proceso que implica el colapso del órgano de control.

12 De hecho, tal como hemos señalado, el modelo Aristotélico consideraba que ambos fluidos eran residuos.

la ovulación es vista como un medio para generar tanto óvulos que puedan ser fecundados como un ambiente adecuado para el desarrollo embrionario. Por este motivo, la menstruación es una evidencia de que esto no ha ocurrido y se presenta como un fracaso (Pérez Sedeño, 2011). En cambio, la generación continua de millones de espermatozoides desde la pubertad hasta la vejez —de los cuales solo un pequeñísimo número intervendrá en la fecundación (si es que lo hace)—, jamás se describe como un desperdicio.

Por lo general, estas caracterizaciones se presentan como descripciones sin carga valorativa. Sin embargo, bien podría acentuarse que se necesita un solo óvulo para una fecundación, mientras que se requieren millones de espermatozoides para tal fin y, de esta forma, se invertiría la carga del despilfarro enfatizando aspectos como la regularidad, la eficacia o la fiabilidad (Pérez Sedeño, 2011). Como se ha dicho en referencia a la teoría de la no-funcionalidad de la menstruación, la pregnancia de esta caracterización no es congruente con el estado de conocimiento actual. A diferencia de la posible función inmunológica de la menstruación, en la que el objeto de ignorancia es una posición en un debate en curso, en este caso, esta forma de describir el proceso de fecundación es directamente incorrecta.

En los últimos años, sucesivas investigaciones han encontrado evidencia que indica que los óvulos no son fecundados por “el espermatozoide que llega”, sino que existen complejos mecanismos de selección genética que permiten maximizar la posibilidad de gestar embriones viables. El epigenetista Joseph Nadeau declaró que dichos procesos constituyen “el equivalente de elegir una pareja para los gametos” (Arnold, 2017). Aun cuando su trabajo de 2017 no logró develar el mecanismo mediante el cual los óvulos “seleccionan” el esperma, sí encontró evidencia que en la fecundación se produce una «preferencia» hacia determinadas combinaciones genéticas específicas de óvulos y espermatozoides, y este sesgo genotípico resulta en una mayor sobrevida embrionaria. (Nadeau, 2017).

Las metáforas y los eufemismos acerca de la menstruación, el ciclo menstrual y la fecundación se circunscriben, en muchos

casos, a usos populares que no se corresponden con el estado del arte de la bibliografía científica. En el caso de la selección ovular, en cambio, las metáforas son utilizadas en textos científicos a pesar de contradecir la evidencia actual. Esto indica que la misma producción de conocimiento no solo está permeada por los usos culturales, sino que también los reproduce, afirma y perpetúa como forma de producción de ignorancia.

4. Conclusiones

Como se mostró a lo largo de este artículo, la ciencia médica occidental no solo resultó influenciada por las creencias y mitos negativos en torno a la menstruación (que anclan sus orígenes en tiempos lejanos), sino que, además, fue uno de los campos del saber que desempeñó (y aún lo hace en la actualidad) un rol central al generar, sostener y reforzar dichas actitudes desfavorables. El cuerpo menstruante, en el marco del conocimiento médico, se posiciona, a lo largo del discurso biomédico dominante de la cultura occidental, como un cuerpo abyecto, como un sitio de deficiencia y enfermedad, en contraposición a una supuesta corporalidad normativa que es a-menstrual.

Los estudios feministas sobre ciencia, género y sociedad han generado un corpus de investigación en torno a este fenómeno centrado ampliamente en la detección de sesgos androcéntricos y sexistas en la producción de conocimiento biomédico sobre la menstruación. Asimismo, se ha insistido en que la producción científica en torno a la menstruación se da generalmente en condiciones de injusticia epistémica, sin tener en cuenta las experiencias de los sujetos menstruantes. En el artículo ofrecimos razones en favor de incluir en dicho análisis elementos conceptuales de la epistemología de la ignorancia. En especial, la idea de producción activa de ignorancia resulta fructífera para alcanzar nuevas profundidades en la comprensión de los mecanismos a través de los cuales la ciencia biomédica reproduce el tabú y estigma menstrual.

Bibliografía

- Aristóteles (2016). *Reproducción de los animales*. Gredos.
- Arnold, Carrie (2017). Choosy eggs may pick sperm for their genes, defying Mendel's law. *Quanta Magazine*. <https://www.quantamagazine.org/choosy-eggs-may-pick-sperm-for-their-genes-defying-mendels-law-20171115/>
- Associated Press. (5 de agosto de 2010). Wyeth gets FDA approval for lybrel birth control pill. *CNBC*. <https://www.cnn.com/id/18807903>
- Bobel, Chris; Winkler, Inga T.; Fahs, Breanne; Hasson, Katie Ann; Kissling, Elizabeth Aarveda y Roberts, Tomy-Ann. (2020). *The Palgrave handbook of critical menstruation studies*. Palgrave Macmillan.
- Bonnard, Jean-Baptiste (2013). Male and female bodies according to Ancient Greek physicians. *Clio* [Online], 37.
- Charlesworth, Dacia. (2001). Paradoxical constructions of self: Educating young women about menstruation. *Women and Language*, 24(2), 13-20.
- Ciccia, Lu (2022). *La invención de los sexos*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Dean-Jones, Lesley. (1989). Menstrual bleeding according to the hippocratics and Aristotle. *Transactions of the American Philological Association*, 119, 177-191.
- Dean-Jones, Lesley. (1994). *Women's bodies in classical greek science*. Oxford University Press.
- Delaney, Janice, Lupton, Mary Jane y Toth, Emily. (1976). *The curse. A cultural history of menstruation*. University of Illinois Press.
- Ding, Ning, Batterman, Stuart y Park, Sung Kyung. (2020). Exposure to volatile organic compounds and use of feminine hygiene products among reproductive-aged women in the United States, *Journal of Women's Health*, 29(1), 65-73.
- Fahs, Breanne. (2015). The body in revolt: the impact and legacy of second wave corporeal embodiment. *Journal of Social Issues*, 71(2), 386-401.

- Fausto-Sterling, Anne. (1987) Society writes biology / biology constructs gender. *Daedalus*, 116(4) Learning about Women: Gender, Politics, and Power, 61-76.
- Fausto-Sterling, Anne. (2000). *Sexing the body*. Basic Books.
- Finn, Collin A. (1996). Why do women menstruate? Historical and evolutionary review. *European Journal of Obstetrics & Gynecology*, 70, 3-8.
- Freidenfelds, Lara. (2009). *The modern period*. The John Hopkins University Press.
- Gao, Chon Jin y Kannan, Kurubthachalan. (2020). Phthalates, bisphenols, parabens, and triclocarban in feminine hygiene products from the United States and their implications for human exposure. *Environment International*, 136, 105-465.
- Goffman, Eugene. (1963). *Stigma: notes on the management of spoiled identity*. Simon & Schuster.
- Gottlieb, Alma. (2020). Menstrual taboos: moving beyond the curse. En C. Bobel, I. T. Winkler, B. Fahs, K. A. Hasson, E. A. Kissling y T. A. Roberts (Eds.) *The Palgrave handbook of critical menstruation studies*: 143-162.
- Hester, Helen. (2018) *Xeanofeminism*. Polity Press.
- Howes, Moira. (2010). Menstrual function, menstrual suppression, and the immunology of the human female reproductive tract. *Perspectives in biology and medicine*, 53(1), 16-30.
- Johnston-Robledo, Ingrid. y Chrisler, Joan C. (2020). The menstrual mark: menstruation as social stigma. En C Bobel, I. T. Winkler, B. Fahs, K. A. Hasson, E. A. Kissling, y T. A. Roberts (Eds.) *The Palgrave handbook of critical menstruation studies*: 181-199. Palgrave Macmillan.
- Johnston-Robledo, Ingrid, Barnack, Jessica y Wares, Stephanie. (2006). "Kiss your period good-bye": Menstrual Suppression in the Popular Press. *Sex Roles*, 54(353). <https://doi.org/10.1007/s11199-006-9007-1>
- Kasenko, Jasmina. (2019). Tracing menstruation in british and american culture. Strategies of invisibilization, stigmatization, and a question of im-purity in historical and cultural context. *New Horizons in English Studies*, 4, 144-157.
- Laqueur, Thomas. (1992). *Making sex: body and gender from the greeks to Freud*. Harvard University Press

- Lewin Hufnagel, Glenda. (2012). *A history of women's menstruation from ancient greece to the twenty-first century: psychological, social, medical, religious, and educational issues*. Edwin Mellen Press.
- Martin, Emily. (1988). Medical metaphors of women's bodies: menstruation and menopause. *International Journal of Health Services*, 18(2), 237-254.
- Martin, Emily. (1991). The egg and the sperm: How science has constructed a romance based on stereotypical male-female roles. *Signs. Journal of Women in Culture and Society*, 16(3), 485-501.
- McHugh, Maureen C. (2020). Menstrual Shame: Exploring the Role of 'Menstrual Moaning'. En C. Bobel, I. T. Winkler, B. Fahs, K. A. Hasson, E. A. Kissling, y T. A. Roberts (Eds.), *The Palgrave Handbook of critical menstruation studies*: 409-422). Palgrave Macmillan.
- Nadeau, Joseph H. (2017). Do gametes woo? Evidence for their nonrandom union at fertilization. *Genetics*, 207(2), 369-387.
- Nicole, Wendee (2014). A question for women's health: chemicals in feminine hygiene products and personal lubricants. *Environmental health perspectives*, 122(3), A70-A75.
- Pérez Sedeño, Eulalia. (2011). El sexo de las metáforas. *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 187 (747), 99-108.
- Profet, Margie. (1993). Menstruation as a defense against pathogens transported by sperm. *The Quarterly Review of Biology*, 68(3), 335-386.
- Schiebinger, Londa. (1989). *The mind has no sex? Women in the origins of modern science*. Harvard University Press.
- Stolberg, Michael. (2005). Menstruation and sexual differences in early modern medicine. En A. Shail y G. Howie (Eds.). *Menstruation: a cultural history*: 90-101. Palgrave Macmillan.
- Sullivan, Shannon y Tuana, Nancy. (2006), Introduction: feminist epistemologies of ignorance. *Hypatia*, 21(3), vii-ix.
- Tan, Delphine A., Haththotuwa, Rohana. y Fraser, Ian S. (2016). Cultural aspects and mythologies surrounding menstruation and abnormal uterine bleeding. *Best Practice & Research Clinical Obstetrics and Gynaecology*, xxx, 1-13.
- Tarziabachi, Eugenia. (2017). *Cosa de Mujeres. Menstruación, género y poder*. Lugar, Sudamericana.

Tuana, Nancy. (2006). The Speculum of Ignorance: The Women's Health Movement and Epistemologies of Ignorance. *Hypatia*, 21(3), 1-19.

Young, Iris Marion. (2005). *On Female Body Experience: "Throwing Like a Girl" and Other Essays*. Oxford University Press